

nos parece un poco abusivo, pues aplicado estrictamente nos llevaría a denominar *incunables* a los primeros impresos de cada país o incluso ciudad (algunos, totalmente contemporáneos, o, rizando el rizo, futuros). Por otra parte, no siempre puede saberse con seguridad —por carecer de datos tipográficos o ser éstos falsos— si un impreso es incunable, y desde luego no hay diferencias de ningún tipo entre los libros de finales del siglo XV y los de principios del XVI, época en la que trabajan algunos de los mejores impresores de todos los tiempos, como Aldo Manucio o Johann Fröben. Dado que la imprenta llega a nuestra provincia en 1812, y que «hasta el año 1822 no se implantaría una imprenta permanente en tierras albacetenses»<sup>14</sup> —en Chinchilla—, no existen incunables albaceteños: los que estudiaremos brevemente aquí nacieron en otros lugares y con el tiempo han ido buscando refugio en nuestra capital.

Habitualmente se asocia *incunable* con *libro raro*, e incluso se emparejan ambos términos en catálogos y en secciones de bibliotecas (por ejemplo, la Nacional de Madrid<sup>15</sup>). Sin embargo, conviene no caer en fetichismos exagerados, pues a menudo es mucho más raro, bello, interesante y valioso un libro del siglo XVI —y en ocasiones hasta del XX, como sucede con algunos españoles impresos durante la guerra civil<sup>16</sup>— que un incunable. La inmensa mayoría de ellos no le dicen nada al hombre de hoy, y bastantes no se pueden llamar raros, como nuestro n.º VIII, del que sólo en España hay censados 20 ejemplares, más otro en comercio.

Francisco Vindel cita un caso extremo de lo que decimos: el *Procesionarium fratrum praedicatorum* (Sevilla, Meinardo Ungut y Estanislao Polono, 1494), del que en 1912 aparecieron más de cien ejemplares dentro de un arcón en un convento dominico, y que, naturalmente, fueron vendidos<sup>17</sup>. Este incunable, a pesar de lo que abunda, es muy bello, y justamente la belleza —en especial, los grabados— suele contribuir a que una obra se conserve, como ocurre con nuestro n.º III (fragmento), del que sólo en USA se guardan más de 30 ejemplares<sup>18</sup>, o la propia *Biblia de las 42 líneas*, de la que al parecer únicamente se imprimieron 150 ejemplares en papel y 35 en vitela, y sin embargo nos han llegado nada

<sup>14</sup> Francisco Fuster Ruiz, *Fondos bibliográficos albacetenses* (Albacete, Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento, 1972), p. xxv.

<sup>15</sup> En adelante utilizaremos la sigla *BNM*.

<sup>16</sup> Vid. Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias* ([Barcelona], Círculo de Lectores, [1974]), p. 134; se trata de su libro *España en el corazón*, impreso en el frente con papel fabricado entre otras cosas con trapos ensangrentados y expuesto en la Biblioteca del Congreso, de Washington, como uno de los más raros de nuestro tiempo.

<sup>17</sup> Vid. su monumental obra *El arte tipográfico en España durante el siglo XV*, 10 vols. (Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1945-1954), vol. V (1949), p. 181.

<sup>18</sup> Vid. Frederick R. Goff, *Incunabula in American Libraries. A third census of fifteenth-century books recorded in North American collections*, reproduced from the annotated copy maintained by —(New York, Kraus, 1973; en adelante citado Goff), n.º B-1189. Otro caso semejante es el bellissimo *Liber chronicarum*, de H. Schedel (Nuremberg, 1493), *CIE* 5179, con unos 50 ejemplares conservados en España, diez de ellos en la *BNM*, y cuyas hojas venden sueltas los *bouquinistes* de París.